



EL CASO CARY CORTÉS

A. Santamarina

EL CASO CARY CORTÉS



Primera edición: noviembre de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© A. Santamarina

ISBN: 978-84-19595-02-7

ISBN digital: 978-84-19595-03-4

Depósito legal: M-26617-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

1

Los invitados empezaron a llegar. Esther Riba los fue acompañando a los camerinos para la sesión de maquillaje. Le gustaba recibirlos y darles a entender que ella era la colaboradora principal de Pablo Rubens.

—Así que fue usted la que me llamó la primera vez para invitarme a la emisión —comentó el historiador Miguel Canalejas que había sido el último en llegar.

—Sí, claro —y Esther sonreía al hablar—, me acuerdo muy bien de lo sorprendido que se quedó y hasta de lo desconfiado que fue. Me costó un triunfo convencerlo de que éramos los de *Tertulias literarias*.

—Tiene razón, señorita —y se echó a reír—, yo nunca he venido a un plató de televisión y le confieso que tengo verdadero miedo escénico. Y eso que suelo dar clase en el aula magna, ya sabe, un hemiciclo lleno de estudiantes, pero, claro —siguió entre risas—, el público ya está ganado a la causa... Por los exámenes finales, claro.

—No se preocupe, profesor Canalejas —la voz de Esther sonó amistosa—, que todo saldrá bien. Además, ya verá, Rubens enseguida le dará confianza y ni se acordará de dónde está.

—Gracias. Pero... otra cosa, mire, tengo un pequeño problema... no sé si la corbata azul que llevo da bien en televisión. Todo el mundo me ha dicho, ponte de azul, ponte de azul..

—Esté tranquilo, los de vestuario seguro que lo aconsejarán y aquí tenemos cualquier cosa que necesite cambiar.

Mientras tanto, Rubens en su despacho seguía preparando la emisión. Ese mes había centrado la tertulia en novelas históricas publicadas últimamente sobre personajes de la Guerra de la Independencia. Le gustaba tanto el siglo XIX, que lo introducía siempre que le era posible. Al rebufo de las Luces del XVIII, con su libertad de prensa, sus Constituciones, su Ateneo difusor del pensamiento, su nuevo urbanismo... No le hubiera importado nada transitarlo, se decía un poco infantilmente, como algo infantil era creerse investido de la difícil misión de transmitir el placer de la lectura al público en general, pero sin descuidar a los lectores exigentes que no se contentaban con elegir los libros entre los más vendidos. Traía a los programas a los autores —ya fueran escritores profesionales o periodistas que se habían pasado al campo de la literatura— y para que la tertulia fuera creíble y fluida era condición indispensable que todos hubieran leído las obras de los demás.

Para llegar a la variopinta audiencia, tan lejos ya de quienes hicieron nacer el liberalismo del XIX, había que desplegar anécdotas de la vida personal de sus protagonistas y destacar que ante todo habían sido seres humanos, aquejados de amores y de flaquezas, víctimas de zancadillas de amigos y siempre a merced de las veleidades de la opinión pública. En segundo plano quedaba su labor política, militar o intelectual como testigos de una época extraordinaria, divididos entre serviles y liberales, en lucha contra la ocupación extranjera y deseosos de crear una monarquía constitucional. Había que explotar el filón de una humanidad que despertara el interés de los telespectadores y dejara patente que el mundo no ha cambiado y que la literatura seguía siendo la fiel mimesis de una realidad casi ucrónica.

Rubens era un periodista meticuloso, de gestos anticuados de puro clásicos, como poner papelitos que sobresalían entre las páginas para señalar las seleccionadas o subrayar con fluorescente lo que leería en alta voz. Los invitados, después de la lectura con que abría el programa, debían entrar en lid, reaccionar y dar su parecer. A lo largo de más de diez años de programa había adquirido una

gran experiencia en la pragmática de la comunicación televisiva. Desconfiaba de los autores que eran periodistas y los mantenía a raya porque sabían tomar la palabra y sacar provecho de la imagen, pero invadían el espacio de los otros sin dejarles intervenir. Sin embargo, necesitaba tirar de la lengua a los autores eruditos, que la mayor parte de las veces se quedaban silenciosos o solo sabían repetir de palabra lo que habían escrito, incapaces de analizar su propia obra ni de dibujar el perfil de los personajes que ellos mismos habían creado.

Era especialmente hábil para hallar contradicciones entre un fragmento de una obra y una réplica de un personaje o un comentario del narrador omnisciente y una actitud del protagonista; sabía provocar la opinión de los tertulianos y que se enfrentaran dejando traslucir el interés, la envidia o hasta el desprecio que sentían por los demás.

Una llamada en la puerta lo interrumpió en su trabajo. Era Esther:

—Tienes que pasar a maquillarte, Pablo. Ya están todos. Bueno, no, Cary Cortés sigue sin aparecer. ¿Qué hacemos?

—¿Has vuelto a llamar a la editorial?

—Claro que sí, pero dicen siempre lo mismo, que no conocen su paradero.

—Bueno, no pasa nada. No es la primera vez que nos falla un autor.

A Rubens no parecía preocuparle que Cary Cortés, el autor de *El Robespierre español* la novela más destacada ese día, tuviera la descortesía de no hacer acto de presencia dando la callada por respuesta. Lo que de verdad le inquietaba era la manera adecuada de tratar su libro sin estar él, pero no podía obviarlo, ya que los invitados lo habían leído e, inevitablemente, en algún momento aludirían a las hazañas del protagonista. Era evidente que hoy la improvisación tendría que ser su punto fuerte.

Apiló los libros de esa noche, se metió unas fichas en el bolsillo interior de la chaqueta y se dirigió a la sala de maquillaje. Daba una gran importancia a su manera de vestir desde que aceptó por bueno

que, si no podía cambiar de oficio a diario, ni de pareja, ni de coche, al menos sí le era posible cambiar de ropa. Y habiendo hecho cuestión de honor el no salir dos veces en pantalla vestido de la misma manera, y siendo un personaje, diríamos que famoso y con buena planta, cuyo esnobismo y caprichos indumentarios eran bien conocidos, las tiendas de moda se lo ponían fácil. Se dejaba querer en cuestión de vestimenta, él que nunca se había dejado presionar por un editor, un autor ni aún menos por un grupo de prensa, y aceptaba con gusto los obsequios de las grandes marcas que veían en él una pasarela permanente. No creía ser un tipo guapo ni nadie se lo había dicho nunca. No obstante, las numerosas cartas, los elogios de la gente y las miradas y las sonrisas de sus admiradoras, le inclinaban a pensar que, si no era guapo, al menos lo parecía.

Al sentarse en la butaca, repitió a la maquilladora la consabida frase:

—Ya sabes, Marisa.

—Por supuesto, Rubens. ¡Que no se note que lleva maquillaje! Natural. Difuminar únicamente defectos e imperfecciones. ¡Ya lo sé!

La sesión de maquillaje era para él un momento mezcla de exaltación y relajación a la vez. Era primordial para liberarlo del estrés previo a la emisión, pero lo excitaban las —para él— insidiosas caricias de los pinceles en manos de Marisa Pastor, una chica alta, rubia, esbelta y guapa que se movía con naturalidad y dejaba entrever a través de su blusa unos pechos perfectos. Rubens contemplaba en el espejo las formas y las contorsiones de su cuerpo al realizar su trabajo pidiendo a los cielos que el espectáculo no se acabara nunca, y preguntándose si ella era consciente del potencial que tenía y de los deseos que inspiraba. Hubiera querido tener su magnetismo, esas ondas que electrizan los cuerpos y los atraen sin posibilidad de sustraerse a su influencia, dejándolos doloridos cuando se apartan de ellos. «¡Qué suerte la de esta muchacha!», pensaba mientras se devanaba los sesos imaginando peticiones que prolongaran la sesión.

No debía demorarse más. A pesar de sus deseos sabía que lo estaban esperando y que había llegado el momento de ir a ver a los

invitados uno a uno para tranquilizarlos y darles las consignas obligadas. Sabía que los encontraría, salvo excepciones, en estado de total descontrol, ya que, por lo general, era la primera vez que venían a la televisión y esto los situaba al borde del *shock*. Más de una vez había visto quedarse casi mudos a famosos escritores y a otros sudar la gota gorda hasta su turno de palabra. Casi siempre salían desechos y disminuidos, con el sentimiento de haberlo hecho mal, no haber podido decir todo lo que querían o haber expresado lo contrario de lo que pensaban decir.

El plató es un ruedo exigente, desde luego, y esta gente se jugaba la vida de sus libros y, en consecuencia, su trayectoria futura. Pero en contrapartida no ignoraban que, por muy mal que hicieran su presentación, siempre habría un incremento en las ventas. Para algunos, su paso por televisión sería la señal de salida de una carrera, un poco como el artista principiante que solo ha cantado en pequeñas salas de fiesta y que de repente tiene la posibilidad de actuar en televisión. Muchos autores esperaban esta oportunidad y anhelaban que al fin un día sonara el teléfono.

Consciente de su poder para abrir el camino y las puertas de la fama, antes de hacer una emisión lo meditaba mucho y siempre escogía entre los invitados algún autor desconocido y alguna editorial de poca envergadura. Solía repetir a menudo que en la vida uno necesita siempre una referencia, y le gustaba desgranar nombres y funciones: la inspiración del maestro, la guía del mentor, el impulso del *coach*, la confianza del *mánager*. En el extremo opuesto pensaba en tantos prometedores pero oscuros autores que, sin valedor, no paran de llenar páginas y más páginas cuyo destino es el abismo de un cajón. Porque igual que uno no es pintor cuando pinta, sino cuando vende su pintura, uno es escritor solo cuando vende su escritura. Ahora a todos les ha dado por cantar y los sustitutos a veces cantan mejor que los titulares, así es que hay que dar la alternativa siempre que sea posible. Y como también hay una pandemia de escribir, hay que dar la campanada demostrando que algunos incipientes escritores escriben mejor que los consagrados.

Fue saludando a los invitados uno tras otro. A todos les decía casi lo mismo, pero su modo tan personal de dirigirse a cada uno hacía que sonara distinto y que se sintieran únicos. «Me ha gustado mucho su libro». «Yo le haré algunas preguntas y usted solo tiene que contestar». «No se preocupe por las cámaras. Ignórelas. Hable como si estuviera en el salón de su casa con unos amigos que han venido a hablar de libros». «Eso sí, por favor, el horario es férreo, así que no olvide que las intervenciones tienen que ser breves».

La emisión comenzó siguiendo los cauces habituales.

—Hoy presentamos en *Tertulias Literarias* las novelas históricas, casi biografías, de hombres que han marcado el fin del siglo XVIII y el primer tercio del XIX en boca de sus autores. Irene Gil Gálvez nos va a hablar de Manuel Godoy, Cristóbal de Beryes nos hará el retrato del Conde de Floridablanca; Miguel Canalejas de Álvaro Flórez Estrada, el afamado profesor Alberto Gállego de Manuel José Quintana y la más novel de los tertulianos, Daniela Perelló, el de Martínez de la Rosa. Para empezar, y dado el gran trabajo de documentación de estas obras, quisiera preguntarles si, antes de novelarlas y publicarlas, alguno de ustedes ha presentado la suya a un concurso como, por ejemplo, el de la Fundación San Martín, promotora de la investigación histórica, Biografías premiadas, dotado con treinta mil euros.

Hubo entre los presentes unos instantes de vacilación, como si esta pregunta inesperada les planteara dificultades. Algunos se miraron vacilantes, otros murmuraron un no inaudible y solo de Beryes, periodista joven e impetuoso, declaró que uno se perdía entre tantos premios como había en España y que los rumores constantes de que estaban dados desanimaba a muchos escritores noveles. Sonrisas cómplices acompañaron sus palabras.

Rubens dirigió entonces la atención sobre lo poco que hasta entonces se había escrito sobre la vida privada de estos hombres del XIX tan conocidos por sus cargos políticos y sus escritos, poniendo como ejemplo a Quintana:

—Si les he hecho la pregunta sobre los concursos literarios no es porque hoy en día estén de moda para abrirse un camino en la publicación, sino porque el fenómeno data de lejos; Gállego, por ejemplo, nos describe un Quintana muy joven que concursaba en torneos escolares contra otros colegios. A los quince años se presenta a una justa poética y lee su primera oda ante la Real Academia de San Fernando. Un año después publica su primer libro de poesía, dedicado al Conde de Floridablanca, ¿no es así?

—En efecto —intervino Alberto Gállego—, Quintana tuvo su primer momento de gloria en estos certámenes y cuatro años después presentó en el concurso abierto a los poetas de la Academia Española un ensayo didáctico, *Las reglas del drama*. Pero él era un hombre metódico, maniático y trabajador, que consagró toda su juventud a la creación poética.

—Profesor, permítame que le corrija —y Rubens adoptó un tono coloquial—, al menos entre dos creaciones consiguió casarse con María Antonia Florencia, mujer culta, distinguida, hermosa y de una buena familia de Zaragoza. Quintana pensaba que el amor solo era posible dentro del matrimonio perfecto y «que había que cumplir con los deberes conyugales y saborear las delicias de marido». Tenía una visión pura y leal de los lazos conyugales y se refería con amargura a la triste experiencia matrimonial de Meléndez Valdés. Pero curiosamente, por motivos desconocidos, dio de lado a su mujer y a partir de entonces Toribia Nuñez Sessé, bibliotecaria de la Universidad de Salamanca, futura parlamentaria y comunera, fue su compañera.

—Si lo que buscamos es un buen ejemplo de matrimonio perfecto —entró en liza Daniela Perelló—, nos hemos enterado de que lo tuvo el llamado *Robespierre Español*. Me he quedado con la boca abierta ante María del Carmen Silva. Se dejó la piel sacando la cara por su marido, Pedro Pascasio Fernández Sardino, cuando el 9 de julio de 1811 lo detuvo la Junta Central, dirigió a las Cortes una denuncia para defender un patriotismo que se le discutía. Incluso tomó las riendas del periódico de su marido y describió en

él los terribles sufrimientos a los que se vio sometido. Hasta llevó la cuenta de los días y las horas de su cautiverio: siete meses, 5040 horas crueles, nos dice patéticamente...

—Caramba, Daniela, sí que le ha impresionado la lectura de esta novela —interrumpió Canalejas con suficiencia—, pero a propósito, señor Rubens, yo querría saber quién es este, o esta, Cary Cortés, que la ha escrito. Al parecer no se encuentra entre nosotros, ¿se sabe por qué?

—Bien, me parece que hay que explicar algunas cosas para que los espectadores puedan entender, ya que, en efecto, Cary Cortés no está presente. *El Robespierre español, amigo de las leyes o cuestiones atrevidas sobre la España* fue un periódico ultraliberal publicado en la isla de León en 1811. De autoría desconocida en un principio, y bajo el seudónimo de *El Robespierre español*, denunciaba los crímenes cometidos por importantes personajes del Estado. Imagínense lo que suponía en esta época, en una España ocupada por los ejércitos franceses, que alguien reclamara la llegada de un «Robespierre español» más sanguinario que el «Robespierre francés» para castigar a los serviles que no defendían con bastante fuerza la patria y las ideas liberales. Y respondiendo a su pregunta, Canalejas, hasta el momento desconocemos quién es Cary Cortés, seudónimo del autor de esta novela.

—Así que Cary Cortés —volvió a intervenir Canalejas con cierto sarcasmo— es el seudónimo de un novelista que relata los hechos de la vida de otro autor que actúa bajo el seudónimo de *El Robespierre español*. ¡Cuántos misterios!

—Pues sí, lo siento mucho, señores —terció Rubens—, según su editorial no se ha podido localizar a Cary Cortés, sea quien sea, y por eso no está aquí hoy.

Sin transición alguna, restando relevancia al incidente, continuó el coloquio dirigiendo la atención hacia otros títulos. Tenía suficiente dominio de sí y nunca daba la menor señal de sentirse molesto. No obstante, en su interior estaba preocupado por el impacto que podía haber tenido el contratiempo de esta ausencia.

Finalizó resumiendo la intervención de cada novelista sin volver a mencionar *El Robespierre español*. Le había quedado mal sabor de boca y no quería remover el recuerdo. Esa noche no se quedó mucho tiempo con los autores, solo el justo para tomar la copa habitual y darles las gracias por su presencia y sus intervenciones. Para terminar echó mano, como solía, de una cita clásica, que esta vez venía de la mano de Cicerón y espolvoreó la ración habitual de elogios.

—Amigos, la «Historia es el testigo de los tiempos», indudablemente, y su hermana menor la novela histórica, si es de la calidad de las de ustedes, tiene mucho futuro, no lo duden. Las cifras de venta se lo dirán con mucha más claridad que yo.

Salió del plató distendido y seguro de que el modo más práctico de quedar bien con las personas es decirles siempre lo que quieren oír y evitar la polémica.

2

Al despertarse encontró en el contestador un mensaje de Esther.

—¿Has visto lo que dice Ochoa en *Cultura* sobre la emisión? No está mal. Ahora lo comentamos en el *briefing*. Vente para acá pronto.

A pesar de las tranquilizadoras palabras de Esther, se sentía nervioso. Sabía que arriesgaba mucho en cada programa y estaba deseando hacer el balance del último con todo el equipo y examinar los aciertos y desaciertos. El productor seguramente se daría también una vuelta para hacer hincapié en los índices de audiencia. Críticas en la prensa y nivel de audiencia eran a ratos pesadilla y a ratos ensoñación, a veces le cortaban el apetito y otras actuaban como una droga euforizante.

Se vistió de prisa y salió a la calle a comprar el periódico, a Ochoa siempre había que tenerlo en cuenta.

«Se invita a un fantasma en *Tertulias literarias*». La lectura del titular le sentó como un tiro. Recorrió el artículo primero en diagonal, como era su costumbre, saltando de una a otra frase clave: «Una tertulia que sale de la rutina... da una nueva vida a personajes que uno creía conocer... Cary Cortés ausente y omnipresente... tertulia bastante improvisada».

La impresión general no era negativa. Lo volvió a leer deteniéndose en las alusiones indirectas y los zarpazos que lanzaba al programa. Ochoa adjetivaba mucho para dar colorido y causar sensaciones positivas o negativas que harían mella en el lector y

Rubens intentaba leer sus críticas como si fuera alguien que no hubiera visto la emisión. Así se distanciaba de ella y podía ser más objetivo. No estaba mal. La verdad es que Ochoa muy pocas veces le decepcionaba. Con una expresión relajada, dobló el periódico y sonrió pensando en el modo de ser de los críticos. ¡Qué bien los conocía él! De algo le servía trabajar con ellos en su emisión semanal de radio *El café de los libros*, donde con una tolerancia que podría calificarse de ecuménica daba cabida a personalidades de opiniones muy distintas. Nunca les indicaba su papel, pero sabía que nunca se iban pasar de la raya. «No van a cortar la rama sobre la que están sentados», pensaba.

Notaba cómo a los críticos de prensa, y en especial al más conocido, Eugenio Ochoa, les molestaba que su omnipotencia al juzgar una obra quedara solo en eso y lamentaban que no existiera un poder superior que diera a sus críticas el espaldarazo definitivo. Además, como su influencia sobre el apresurado y voluble consumidor era muy limitada, y como la publicidad de un libro en radio, y sobre todo en televisión, resultaba un mayor acicate para la compra que la crítica escrita, sentían que su oficio era baldío y envidiaban a los autores a quienes ellos mismos ayudaban a promocionar. Igual que los editores son una especie de vientres de alquiler que ven partir el libro salido de sus manos sin que se les reconozca su parte de autoría, también los críticos literarios lo son para los libros que aúpan a la fama, máxime cuando están convencidos de que saben de creación literaria igual o más que los autores, aunque una cobarde impotencia les frene la mente y la mano para escribir sus propias obras.

Sus cavilaciones y la ojeada al periódico lo habían hecho perder tiempo y llegó tan apresurado que en la puerta casi chocó con Margarita.

—¡Eh, señor importante! ¿Por qué tienes tanta prisa? ¿Es que hoy no quieres tentar la suerte? Anda, cógeme el cupón y ya haremos cuentas a fin de mes.

Rubens se echó a reír y se deshizo en disculpas mientras cogía el pequeño papel multicolor que le tendía la joven y se despedía de ella con un beso.

El equipo lo esperaba en la mesa de reuniones. El ambiente olía a complot y hasta pararon de hablar en cuanto franqueó la puerta. No tuvo tiempo de saludarlos, Esther le tendió con cierto misterio un correo que acababa de entrar.

Lo cogió y leyó en alta voz:

Estimado señor Rubens: Mi editorial acaba de hacerme llegar su invitación para participar en *Tertulias literarias* en la emisión de ayer, veintiocho de octubre. Estaba volviendo de un viaje privado y no pudieron localizarme. Siento no haber podido asistir, le ruego que excuse mi ausencia.

Le agradezco su confianza y espero que tengamos la oportunidad de volvernos a ver.

CARY CORTÉS

—¡Vaya cara! Seguro que no es verdad —comentó Rubens.

—No pasa nada. Al público le da igual que un desconocido venga o no venga al estudio. Lo importante es el índice de audiencia y ha sido excelente, dos puntos por encima de la media —añadió con entusiasmo Gomeznarro, el director del programa.

—Quizás, pero una cosa así no puede repetirse. Tenemos que tomar más precauciones y escoger mejor a los invitados. Vamos a revisar cómo montamos la emisión de anoche.

—De acuerdo —intervino inmediatamente Esther al sentirse la más implicada y responsable del proyecto—. La idea surgió hace dos meses en un *brainstorming* que hicimos para variar el tipo de narrativa que íbamos a presentar en este programa. Todos estuvimos de acuerdo en que fuera la novela histórica, que hacía tiempo que no la habíamos tratado.

—Bien, pero ¿cómo llegamos a incluir el libro de Cary Cortés?

—Muy sencillo. Tú mismo indicaste que recogiéramos en las librerías punteras, tipo la FNAC, todas las novelas históricas que se hubieran publicado en el último año. Y ahí salieron las de Florida-blanca, Quintana, Godoy... «Parece que ahora le toca al XIX», dijiste.

—Sí, sí, y recuerdo —añadió Gomeznarro— que entre ellas nos sorprendió el título de *El Robespierre español*, de una pequeña editorial medio desconocida... Ni me acuerdo ahora del nombre, solo que se estaba lanzando. El comité de lectura descartó unas cuantas novelas y dijo que este Robespierre se salía de lo corriente y que podía añadir algo distinto a la emisión.

—Lo que ha pasado es que hemos creído que un autor desconocido se sentiría tan halagado de participar que no hemos tomado las medidas necesarias: hablar personalmente con él, entrevistarlo, etc.

—La culpa la tiene la editorial, que se responsabilizó de localizarlo y que hasta el final no nos ha dicho que no lo había conseguido.

—Esther, a partir de ahora —concluyó tajantemente Rubens—, convocas a cada autor con el mayor tiempo posible, hablas con él, lo vas a ver... e incluso le haces firmar un compromiso de asistencia, salvo causa de fuerza mayor, como suele decirse.

Vio el asentimiento en sus ojos. Tenía una confianza absoluta en ella. La había seleccionado entre decenas de candidatas por su excelente preparación y exótico currículum: doble licenciatura en Ciencias de la Información y en Filología Clásica, más útil de lo que pudiera parecer, y un sólido conocimiento de idiomas con estancias prolongadas en el extranjero. Experiencia profesional en el terreno por trabajos anteriores en la prensa. Y dominio de la escritura. Cuando redactaba un informe tenía un rigor y una precisión absolutos. No sobraba una palabra, tampoco faltaba ninguna. La sabía ambiciosa e incluso dispuesta a trepar si la ocasión se presentaba. Pero estaba convencido de que nunca lo traicionaría, porque le profesaba una admiración y una dedicación cercanas a la pasión amorosa. Rubens sabía explotar esta debilidad y mantener un ambiguo cruce de planos entre lo profesional y lo personal, entre las palabras y los gestos, pero sin dar pasos en falso. Por muy inteligente que fuera no era su tipo de mujer, ni tampoco veía que pudiera ser su confidente, dado su enamoramiento por él. No

obstante, tenía que hacer algo para sacarla de la sombra, pues seguramente aspiraba a salir a la luz.

Cuando se quedaron solos, la llamó aparte y le dijo con un aire protector:

—Que quede claro. No te reprocho nada en este asunto, estoy muy satisfecho de cómo llevas la preparación de las emisiones. Creo que lo mejor es que olvidemos este percance y no demos explicaciones a la prensa.

Y luego, pasando a un tono más amistoso:

—Si sigues con ganas de escribir, igual un día serás mi invitada en el programa y los telespectadores verán la otra cara de... mi Luna.

Esther lo miró confusa y comentó por lo bajo:

—De momento solo tengo tiempo de leer y escribir notas de lectura, con tantos libros como nos llegan... Quizás más tarde... sí, voy a pensarlo.

—Oye, se me olvidaba una cosa, me he dado cuenta de que en los correos hay quejas de que la mayoría de nuestros invitados sean hombres. Tenemos que corregir esta imagen y meter lo máximo posible a mujeres. Incluso me parece que podríamos hacer un programa enteramente consagrado a ellas. Mira a ver qué se está publicando de cariz feminista.

—Me encanta la idea —concluyó Esther recobrando el aplomo.

Rubens no se quedó más tiempo en su despacho, tenía cita con la tertulia semanal con sus amigos. Nunca se la perdía. Se reunían los sábados por la mañana a la misma hora, fueran los que fuesen y pasara lo que pasase. Podían ser tres, cinco o más según las disponibilidades de cada uno. Eran amigos de siempre, del colegio o de la universidad, y bien diferentes unos de otros. Entre los fijos había un abogado, un médico, un empleado de banca y un informático, y sus ideas cubrían ampliamente el espectro político. Gonzalo Rivelles, el médico, era de derechas de toda la vida; Rafael Mira, un abogado con nostalgia republicana; desde su puesto del banco, José Luis de la Sierra se atrevía a flirtear con el anarquismo y Mariano González, el

experto programador, siempre un poco de vuelta de todo, cubría el sitio del pasota político. La fuerza del grupo residía en la tolerancia hacia las opiniones, las costumbres, el género de vida y hasta las manías de los otros, siendo proverbiales las chanzas sobre Sierra, que se resistía a pasar su carné de conducir como una reacción epidérmica a la invasión mecanizada de la sociedad devoradora de aceras y calzadas. Las discusiones eran siempre acaloradas, incluso sobre temas anodinos como la informática, dado que unos eran PC y otros Mac, pero los mantenía unidos un código de la amistad que al paso de los años habían elaborado y perfeccionado de manera irrevocable.

Llevaban una vida familiar azarosa: casados, descasados, homo-, hetero-, unos con hijos y otros no, unos en vías de estar emparejados, otros en espera de ello. Con igual apertura de espíritu admitían en su tertulia sin el menor reparo a las parejas, titulares o interinas, que por turnos se acercaban un día por ahí. Y la primera vez que una nueva relación asistía a la tertulia siempre había alguno que dejaba caer la ya manida advertencia: «Ya sabes, los amores pasan, pero los amigos quedan».

Lo decían como una verdad objetiva y comprobable, sin manifestar la más mínima hostilidad. Al contrario, se desvivían en atenciones para conquistar a la persona recién llegada, quizás flor de un día, y darle a entender que su amigo del momento estaba en buenas manos y que no se inquietara por su asistencia a la cita semanal.

A lo largo de los años se habían mantenido fieles a tres convenciones: lugar, tiempo y acción, ya que la obra que semanalmente representaban debía ajustarse al modelo canónico. El lugar, cambiante según la estación. Si era otoño, junto a la Zarzuela, en Casa Manolo; en invierno, los acogía ceremoniosamente Lhardy, en la Carrera de San Jerónimo; en la imprevisible primavera de Madrid, Las Vistillas, a cielo abierto sobre poniente, con la sospecha del río y la certeza de la Casa de Campo allá en el fondo, o el Café de Oriente, menos antañón, pero más estético y, sobre todo, más práctico en los días inclementes. El verano, con su lógica dispersión, hacía menos previsible aún el número de tertulianos, por eso,

como un símbolo estable, el lugar de la canícula era el eterno Café Gijón. La tertulia, en una ciudad de pequeño cuerpo, pero largos brazos, en donde solo llegar y volver ya era un viaje, no solía durar más de una hora. En cuanto a las reglas del juego tertuliano había una inmutable: el primero que lanzaba un tema obligaba a que los demás lo siguieran sin salirse de él.

Esta vez fue Rafael, el abogado, quien comenzó.

—En este mundo hay que tener una red de influencias y quien no la tiene no puede prosperar, qué digo yo, ni siquiera vivir en paz. Fijaos, en nuestro grupo nos falta un fontanero porque los problemas del agua son siempre urgentes y cuando se nos presenta una avería estamos desamparados. Por muchas pólizas de seguro que tengamos, donde esté un conocido...

—Yo preferiría que tuviéramos un amigo informático, me refiero a un manitas, no a un fuera de serie superteórico como tú, Mariano. Tú no sabes el miedo que le tengo yo al ordenador cuando empieza a hacer cosas raras. A veces, mientras paso consulta, rezo para que no se me cuelgue.

—Pero, bueno, ¿no os dais cuenta de que ya tenemos esa red? —medió Rubens—. Si no decidme cómo habéis encontrado a muchos de vuestros clientes. ¿No es con la ayuda de los amigos de los amigos que con mucha mano izquierda los han conducido hasta vosotros? ¿Qué dices tú, Gonzalo?

—Que sí, pero nuestra red es una fruslería si la comparamos con la de los políticos, los del opus, los masones, los judíos, los curas, los empresarios de obras públicas...

—Es verdad, pero tampoco queremos crear una mafia, sino vivir bien y tener amigos que nos solucionen rápidamente un problema técnico, administrativo, fiscal, judicial, cuando surge y se te cae el cielo encima. Vamos, como tener un ascensor que sube y baja haciendo recados y favores en cada piso.

—Por ejemplo, tú, Pablo, dime cómo hace un autor novel que escribe su primer libro, quiere editarlo y no dispone de una red de influencias.